

Esto no es un cuento

RAMPÉREZ, Fernando, *Distancia e incertidumbre*, Madrid, Avarigani, 2018.

Estamos rodeados de cuentos, de cuentos de hadas, de cuentos de héroes, de cuentos que nos acompañan a la cama antes de dormir o en los trayectos diarios de metro. Estamos rodeados de mitos, de historias que dicen ser nuestra Historia, de grandes relatos que fundan la llamada cultura Occidental. Y también de algunos que nos ayudan a alcanzar la mayoría de edad o a crecer, si crecer quiere decir “hacerse cargo de” y sin importar la edad que marque nuestro carné de identidad, porque, al fin y al cabo, ese mismo carné no marca nada más que el título, el nombre, de otro cuento: el “tú”, el “yo” o el lector que va a coger en sus manos el reciente libro de Fernando Rampérez, Profesor de Estética de la Universidad Complutense, llamado *Distancia e incertidumbre*.

Los textos que componen el libro podrían considerarse una colección de pequeños relatos de apenas seis o siete páginas que se dejan leer sin orden pre establecido, según el título que más seduzca en cada momento dado, antes de dormir o en lo que dura un viaje del metro, o mientras se toma una pausa con una taza de café. Con un estilo ligero, sagaz, en ocasiones irónico y burlón, de gusto literario, sin apenas citas, ni largos análisis de pensamientos de determinados autores que, sin embargo, resuenan y vertebran el texto, el libro engaña. Casi hace creer que la filosofía es fácil. Tal vez, precisamente a eso se deba uno de sus méritos: abordar temas difíciles, tremadamente complejos en algunos autores como, por ejemplo, Benjamin, Deleuze o Derrida de manera abierta y accesible para quien aún no los conozca, y a la vez ofrecer una crítica a esa tradición de pensamiento que se ha fundamentado en los conceptos de la verdad, la realidad, el sujeto autoconsciente e independiente, entre otros, y que llamamos la metafísica moderna. En él aparecen nombres como los arriba mencionados, y otros, como Saramago, Chillida, Proust, además de los que se intuyen, pero no siempre se dicen, y que configuran los recorridos por esos grandes mitos y relatos de un sistema de pensamiento que ha apostado por la suficiencia, por ejemplo, por la razón suficiente o las justificaciones y las explicaciones suficientes, y que, en último término, ha sido capaz de justificar las atrocidades de Auschwitz y el sufrimiento en general, totalizando, amontonando, sometiendo, reduciendo espacios y eliminando distancias. Además, el libro es una invitación, sin imperativos, con sólo llamadas, llamadas de atención, toques ligeros, pero insistentes, para hacerse cargo de, para hacerse responsables, para tomar conciencia de lo insuficiente de las razones y las verdades, para pensar sin seguridades, ni fundamentos, desde la incertidumbre y la incomodidad. La facilidad de lectura engaña; lo que exigen pensar los quince pequeños relatos del libro requiere tiempo y pausa, requiere asumir el peso de la crítica y darse cuenta de lo inmenso de la tarea: seguir escribiendo, seguir contando cuentos sin olvidar que son ficciones siempre revisables y sin caer en la

ficción más grande- la seguridad de algo que diga ser la realidad o la verdad, porque de lo contrario, lo que se hunde bajo las aguas pantanosas de las éticas universales, determinismos científicos y otras verdades sin fisuras es la libertad (otra de las grandes preocupaciones del autor). En otras palabras, lo que se ofrece es un recorrido por distintos lugares configurados, determinados por las exigencias de una metafísica estática y totalizadora y a la vez, un intento de abrirlas, de sugerir otras formas para pensarlos, ya no desde la unión, el conocimiento, el consenso, sino desde la distancia y la incertidumbre, desde un cierto “no se puede saber” que ahueca y desestabiliza todos los saberes.

A lo largo de los capítulos se visitan diferentes temas, aspectos o experiencias de lo que conforma de alguna manera nuestra “actualidad” o simplemente “vida”, como por ejemplo, el recorrido por un museo, el deterioro de los espacios políticos o los efectos de la globalización, para señalar los mecanismos y lógicas que los han convertido en una especie de trampa donde lo singular, lo indeterminado, lo que está siendo es abolido y para, luego, plantear la posibilidad de su apertura. No se ofrecen recetas, ni soluciones, de hecho, toda esperanza de salvación se renuncia sin nostalgia y sin miradas hacia atrás, pero sí direcciones, invitaciones a seguir pensando, multiplicando, inventando otros caminos y otros mundos. No hay jerarquía ni orden prefijado entre unos capítulos y otros, cada uno constituye un texto independiente que se relaciona con los demás a través del tema de la distancia, de las distintas distancias según la problemática específica de cada texto. Sin embargo, se puede observar un cierto aumento de peso y gravedad entre el primer capítulo y el último. Si el primero observa espacios entre letras y palabras escritas como condición para que haya sentido, o el tercero se pasea por el museo contemporáneo saturado de carteles que determinan el camino, el último se pregunta por lo que se sustraer a toda explicación y nos separa de nuestra propia vida- la muerte. Por supuesto, no responde.

Para no estropear la lectura y no desvelar lo que puede tener de sorprendente para cada lector diferente, no intentaremos dar cuenta de todos los capítulos ni de todos los temas y nombres que van surgiendo, solamente destacaremos algunos aspectos que nos han resultado más llamativos, pero sin que pretendan ser ni los más importantes ni de mayor relevancia. Uno de ellos concierne la postura que toma el autor frente al relativismo. Es más que frecuente y hasta cansado escuchar en diferentes tertulias y debates con más o menos pretensión filosófica el consabido argumento de “si no hay valores absolutos, entonces todo vale” convirtiéndose así el propio relativismo en un valor absoluto. Fernando Rampérez da una tajante respuesta: en un mundo en el que nos comprometemos, porque nada está prometido y nada está garantizado, no todo vale. No vale la indiferencia. No vale el nihilismo. No vale nada que justifique el dolor y el sufrimiento. De ahí radica su otra invitación, la que advierte contra las éticas universales y pide una ética del cuerpo, porque “lo universal es la vulnerabilidad y la incertidumbre” (pág. 59). Leamos junto con el autor: “No añadir dolor al dolor, no hurgar en las heridas. Principio formal, concreto, poco universalizable [...]. Una ética del cuerpo y la distancia pide mantener cierto tacto, rozar apenas, acariciar en lo posible. Un cuerpo hecho ya de hendiduras, un cuerpo expuesto [...], pide que le dejemos seguir siendo y le ayudemos a llevar sus heridas. Nunca que le provoquemos más” (pág. 60). Así, si somos cuerpos expuestos que somos, no hay cabida ni para los universalismos relativizantes que nos convertirían en meros ejemplos de una regla, ni para relativismos universales que nos sumergirían

en un nihilismo paralizador. Lo que cabe es un poco de sinceridad por parte de las realidades que deberían saberse ficticias y por tanto mantenerse abiertas a ser contadas de otra manera. La sinceridad, es otra de las preocupaciones que emergen en varios lugares del libro para acusar a esas grandes “verdades” de la metafísica de falta de ella. El autor cuestiona la presunta distinción entre lo real y lo ficticio, emborrancándola, y desplazando el estatus “ficticio” del arte y el estatus “verdadero” de la “realidad” a un escenario en el que el mundo se convierte “en una obra poética inventada” (pág. 25), y por ello, ni real ni ficticio, sino una tarea incesante de seguir contando, narrando historias, creando espacios habitables, sabiendo, precisamente, que son creaciones inseguras, interminadas e interminables, nunca verdades certeras. Ante una posible objeción que quisiera recurrir a la ciencia y demostrar que no somos más que unos compuestos químicos determinables, el autor reubica un “como si”. En vez de garantizar nuestro entendimiento de un mundo hecho “como si” fuese a nuestra medida, como lo proponía Kant, el “como si” se coloca en el terreno de lo teatral. No importa lo que cuente la ciencia, no importa que pudiera haber un dios o un fundamento, “es mejor vivir *como si* no lo hubiese” (pág. 55), es mejor vivir como si el mundo fuese una obra de teatro que no nos creemos, pero hacemos “como si” (pág. 28), porque de ello depende nuestra libertad.

Mucho más se encuentra en este pequeño y a la vez inmenso libro: cuentos, pasajes que cuestionan, abren, piden, invitan. Los quince que aparecen en el índice y otros ocho incluidos en las notas, más personales, más viscerales, reacciones a circunstancias específicas, como, por ejemplo, una crisis económica que exigía austeridad a los que nada tenían que ver con ella, o ciertas reformas de educación. Pero su especificidad no quita el interés, ya que una u otra crisis o reforma lamentable, siempre está a la vuelta de la esquina y requieren respuestas, escrituras, textos como estos dejados para el final del libro, y otros más. Eso que llamamos mundo, configurado por sistemas y tradiciones de pensamiento que a menudo lo tornan insoportable requiere textos y, tal vez, dedicatorias. Envíos dirigidos a alguien. A alguien que tal vez los lea en la cama antes de dormir o en el metro. A alguien que los lea uno a uno tomándose largas pausas. No importa quién. El nombre solo acompaña a otro cuento. Pero serán alguien que, tal vez, tiene que crecer, hacerse cargo de, conocer mucho y saber renunciar como los buenos bárbaros de Benjamin. Y vivir. Felizmente.

Renata Kiburytè